

DISCURSO DE INGRESO

Carlota Joaquina de Borbón-la última reina española de Portugal* **Carlota Joaquina de Borbón-the last Spanish queen of Portugal**

Miguel Corrêa Monteiro

Académico Correspondiente Extranjero de la Sección de Humanidades de la Real Academia de Doctores de España

miguelscmonteiro@gmail.com

RESUMEN

Hija primogénita del rey de España Carlos IV y de su esposa, D. María Luísa Teresa de Borbón, Carlota Joaquina de Borbón nació en Aranjuez, el 25 de abril de 1775. Con apenas diez años se casó por poderes con el príncipe de Portugal D. João, en un acuerdo de alianza entre los dos países. Carlota Joaquina era madre de nueve hijos.

La llegada a Brasil de miles de cortesanos que acompañaron a la familia real en 1807 provocó sin duda muchos conflictos y desórdenes de todo tipo, desde el choque de intereses con los súbditos residentes, hasta el reparto de ventajas y beneficios que el príncipe regente iniciaba para otorgar desde el comienzo.

A pesar de su pública y notoria incompatibilidad con su esposa, D. João se mostró favorable a su pedido, que, en cierto modo, se ajustaba a sus propios planes, y encargó al Brigadier Joaquim Xavier Curado ir al Río de la Plata a negociar el asunto, con el fin de interesar a los españoles americanos en la causa de los familiares de Fernando VII, prisionero en Francia.

El regreso de la familia real no calmaría los ánimos. Prueba de ello fue la guerra civil que siguió a la muerte de D. João VI en 1826 y la inestabilidad que se prolongó hasta el inicio de la Regeneración. En relación con D. Carlota, dada su constante actitud de rebelión contra el régimen liberal, quedaría confinada en la Quinta do Ramalhão, seguiría conspirando para el retorno del absolutismo y, con la muerte de su marido, influiría mucho en la vida de su hijo D. Miguel, y en su decisión de tomar el poder.

PALABRAS CLAVE: Borbón; D. João VI; invasiones francesas; Brasil.

ABSTRACT

First-born daughter of the King of Spain, Charles IV, and his wife, D. María Luísa Teresa de Borbón, Carlota Joaquina de Borbón was born in Aranjuez, on April 25, 1775. At barely ten years old, she married by proxy the prince of Portugal Mr. João, in an alliance agreement between the two countries. Carlota Joaquina was the mother of nine children.

The arrival in Brazil of thousands of courtiers who accompanied the royal family in 1807 undoubtedly caused many conflicts and disorders of all kinds, from the clash of interests with the resident subjects, to the distribution of advantages and benefits that the prince regent initiated to grant from the beginning.

Despite his public and notorious incompatibility with his wife, Mr. João was favorable to her request, which, in a way, adjusted to his own plans, and commissioned Brigadier Joaquim Xavier Curado to go to the Río de la Plata to negotiate the matter, to interest the spanish americans in the cause of the relatives of Fernando VII, prisoner in France.

The return of the royal family would not calm things down. Proof of this was the civil war that followed the death of D. João VI in 1826 and the instability that lasted until the beginning of the Regeneration. In relation to D. Carlota, given her constant attitude of rebellion against the liberal regime, she would be confined to the Quinta do Ramalhão, she would continue plotting for the return of absolutism and, with the death of her husband, she would greatly influence the life of her son, Mr. Miguel, and his decision, to take the power.

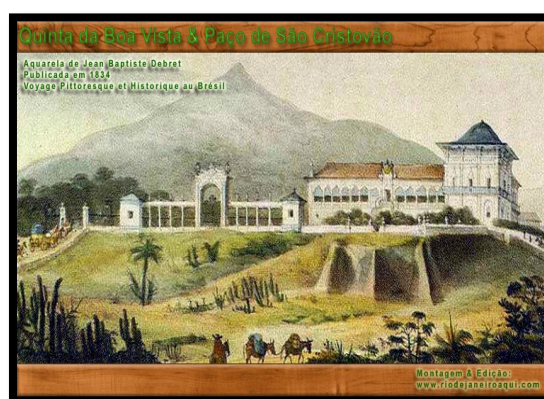
KEYWORDS: Borbón; D. João VI; french invasions; Brasil.

* Discurso pronunciado por el Dr. D. Miguel Corrêa Monteiro en su Toma de Posesión como Académico Correspondiente Extranjero de la Real Academia de Doctores de España el día 26-04-2023.

La llegada a Brasil de miles de cortesanos que acompañaron a la familia real en 1807, sin duda causó muchos conflictos y disturbios de todo tipo, desde el choque de intereses con los súbditos residentes, hasta la distribución de las ventajas y bendiciones que el Príncipe Regente comenzó a otorgar desde el principio. Sin embargo, los más atentos no dejaron de vislumbrar las muchas ventajas que resultarían para Brasil y para ellos mismos, de la instalación de la capital del reino en Río de Janeiro, por lo que se acomodaron a la situación creada, recibiendo al Príncipe Regente con las mayores manifestaciones de alegría y simpatía, ofreciéndole muchos y valiosos regalos. Y había muchos escoltas de calidad a quienes los residentes de la ciudad otorgaban generosas pensiones en sus hogares.



El propio príncipe D. João recibió del rico comerciante Elias António Lopes, su granja de Boa Vista, una suntuosa propiedad que estaba a media legua de la ciudad, para que sirviera de residencia para la familia real. Sin embargo, la corte prefirió instalarse en el antiguo palacio de los virreyes, al que el convento del Carmo y el edificio que hasta entonces había servido como sede del Ayuntamiento, estaban conectados por pasarelas.



El hecho de que escapara de la prisión que llevaría a cabo Junot parecía haber contribuido a una actitud más tranquila de D. João, demostrada en las reuniones con sus asesores, iniciando un nuevo ciclo de su política al que la nueva forma física ciertamente no era ajena. Naturalmente, la atención del regente se centró ahora más en Brasil, aunque algunas de las decisiones más importantes se tomaron en Lisboa bajo la presión inglesa. De hecho, el gesto

general esbozado en la Bahía, liberalizar el comercio marítimo se completó en Río de Janeiro, ya el 1 de abril, es decir, pocos días después de su desembarco, con la publicación de un permiso que otorga libertad industrial a Brasil. De esta manera a todos se les permitió establecer manufacturas de todo tipo. Sería una decisión muy importante, porque así desenredó ese territorio colonial de obstáculos que, en la metrópoli, habían estado adormeciendo durante mucho tiempo el desarrollo de la frágil economía portuguesa.

Bien sabemos que muchas de las iniciativas tomadas no fueron ideas del regente, pues fue notoria la influencia, especialmente de D. Rodrigo de Sousa Coutinho, Conde de Linhares, y el hecho de que D. João las adoptara como suyas, tan útiles sugerencias, denunció significativamente el viraje de su espíritu, que, hasta entonces, en Europa, había sido casi siempre tímido y vacilante, dos características de su temperamento. Por cierto, la Historia no es un tribunal de justicia, y el historiador no es un juez. D. João no tenía la culpa de ser como era, corpulento, nada simpático, con el famoso labio caído de los Austrias resaltando en su rostro. Sin embargo, su figura ha sido rehabilitada, y en ese sentido debemos mucho a los hermanos historiadores de Brasil, pues la historiografía portuguesa, influida por el pensamiento masónico de la época, tejió durante mucho tiempo duras críticas a la actuación del monarca, presentada como un debilucho que abandonó a su pueblo para huir a Brasil. La misma tradición crítica alcanzaría a su consorte Carlota Joaquina de Borbón, presentada como una mujer de temperamento irascible y extremadamente fea.



Hija primogénita del Rey de España Carlos IV y de su esposa, D. María Luísa Teresa de Borbón, Carlota Joaquina de Borbón nació en Aranjuez, el 25 de abril de 1775.² Con apenas diez años se casó por poder con el príncipe de Portugal D. João, en un acuerdo de alianza entre ambos países. Carlota Joaquina fue madre de nueve hijos: Maria Teresa, António Pio, Maria Isabel Francisca, Pedro de Bragança (futuro emperador de Brasil), Maria Francisca, Isabel Maria, Miguel (futuro Miguel I de Portugal), Maria da Assunção, Ana de Jesus. Tras la

muerte de su hermano, el Infante D. José, D. João se convertiría en Príncipe Regente y más tarde Rey de Portugal tras la muerte de la piadosa reina en Brasil.



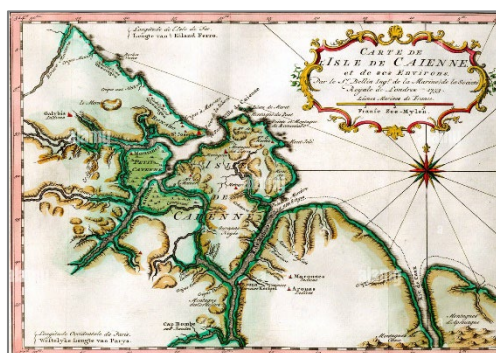
D. João ganaría así una nueva confianza en Brasil, comenzando a tratar a Napoleón con la altanería que facilitaba la distancia, ya que los franceses no tenían medios navales para atacarlo al otro lado del Atlántico, donde dominaba la flota inglesa, permitía - darle respuestas políticas que no serían posibles en Lisboa. A nivel internacional, a través de un manifiesto de guerra enviado a las cancillerías europeas, fechado el 1 de mayo de 1808, el regente expresó su voluntad de crear un nuevo imperio. Mientras se permitían estos ensueños, las tropas napoleónicas que entonces dominaban el territorio de la Metròpoli, cometieron todo tipo de devastaciones y violencias contra la población. Era entonces la oportunidad de tomar represalias contra Francia, atacando su colonia de Guayana, un gesto que sería más simbólico, destinado a herir el orgullo de Napoleón, sobre todo.

Para su conquista, el gobierno portugués de ultramar contó con el apoyo naval de Gran Bretaña, suficiente para impedir cualquier tipo de ayuda francesa a ese territorio. Así, el capitán general de Pará ocuparía la isla de Cayena, mediante una expedición que incluiría todas las fuerzas que reuniría el mismo gobernador, José Narciso de Magalhães Meneses, contando también con la ayuda de hombres y material. del gobernador general de Pernambuco.

La conquista de Cayena, aunque provisional, motivaría al Príncipe Regente a las colonias americanas de España ya que, como es sabido, la política española de entonces había apoyado y colaborado con los ejércitos franceses en su invasión de Portugal y en la marcha sobre Lisboa, con la intención de apoderarse de la flota portuguesa y arrestar a la familia real.



Después de Cayena, el Príncipe Regente comenzó a soñar con un Brasil muy ampliado a expensas de gran parte de las colonias españolas vecinas, un viejo deseo de llevar a Brasil a sus fronteras naturales en el sur, expresando un deseo de perseguir el imperialismo político y militar, contrario a lo que prometerá.



Es curioso recordar que, si el año 1808 puede considerarse favorable a la política del Príncipe Regente en Brasil, fue uno de los más angustiosos y dramáticos para Portugal, dados los enormes excesos practicados por las indisciplinadas tropas de Junot. Y, por tanto, si por un lado los portugueses triunfaron en el continente americano, en el continente sufrieron persecuciones y humillaciones de la peor calaña, soportando un tiempo de prueba del que se librarían, gracias a la derrota que infligieron a el ejército francés, con la ayuda fundamental de las tropas británicas.



Pero la situación en la Metrópoli aún se consideraba oscura, incierta, con un desenlace impredecible, ya las más seductoras ambiciones poblaban el espíritu de D. João, al que su ministro D. Rodrigo de Sousa Coutinho prestó el aliento de su sagacidad y audacia. Del mismo modo, aún no había comenzado la expedición contra la Guyana Francesa, el Conde de Linhares ya había llamado la atención de su amo sobre la confusa situación en que se encontraba la colonia española del Río de la Plata, al lado del Brasil, que desde el reinado de D. João V, Portugal lo venía reclamando como propio. La disputa se alargó durante muchos años, y España acabó manteniéndola en su poder.

Pero el tifón napoleónico, que azotaba Europa, soplaba con extrema violencia en la Península Ibérica y había sacudido profundamente el espíritu de los argentinos, especialmente después de que Napoleón se hiciera cargo de la familia real española y colocara a su hermano José Bonaparte en el trono. Sin embargo, las colonias españolas se mantuvieron fieles a Fernando VII, hermano de D. Carlota Joaquina, al considerarlo su rey legítimo, a pesar de las aspiraciones de buena parte de la población, que vio en los hechos una oportunidad única para proclamar la independencia, estableciendo una república en Buenos Aires.



Inglaterra, sin embargo, también tenía grandes ambiciones para ese territorio. Le convenía apoyar a los separatistas que, suponía, le facilitarían el dominio económico y posiblemente político de esa rica región. Pero Buenos Aires resistió valientemente el ataque de los ingleses, aun después de haber sido abandonada por su gobernador. Había elegido por jefe a D. Santiago Liniers Bremont, hombre valiente y decidido, que había obligado a capitular a las tropas de Beresford.

Tras esta victoria, el pueblo de Buenos Aires aclamó con entusiasmo a Fernando VII, contradiciendo así las aspiraciones separatistas expresadas anteriormente, pues habían favorecido las embestidas británicas. Estas circunstancias parecieron facilitar una hábil intervención de la corte portuguesa en favor de nuestras pretensiones. Hubo, sin embargo,

un obstáculo difícil de sortear: el cabildo, es decir, el cabildo de la ciudad de Buenos Aires, que optó por la independencia, sin importarle la suerte de Fernando VII, prisionero de Napoleón. Así, el gobierno portugués tendría que emplear los medios más sutiles si quería someter a su dominio a la rica colonia española.

El 29 de julio de 1808, la oficina de Río de Janeiro escribió a la oficina de Londres sobre el tema. El Conde de Linhares, deseoso de obtener más territorios para la Casa de Bragança, que en ese momento aún no sabía si podría recuperar el territorio de la Metrópoli, incluso prometió al Contraalmirante Sidney Smith ayudar a Gran Bretaña a tomar Buenos Aires, comprometiéndose a ayudar a Brasil a ocupar las colonias españolas en la orilla este del Río de la Plata.



Pero aquí llega la Princesa D. Carlota Joaquina, que vislumbra la posibilidad de obtener grandes ventajas personales, aprovechando los intereses en juego. Tanto ella como el Infante de España D. Pedro Carlos, yerno del regente, que vivía en la corte portuguesa, enviaron, con fecha 9 de agosto de 1808, a D. João una carta con la petición de que los auxiliares reclamaran los derechos que velaron sobre las colonias españolas en América y hasta sobre la corona de España. Y esta ayuda contra las pretensiones de los franceses podría realizarse por la acción combinada de las fuerzas portuguesas con las españolas y británicas.



A pesar de su pública y notoria incompatibilidad con su mujer, D. João se mostró favorable a la petición de ésta, que en cierto modo respondía a sus propios planes, y encargó al brigadier Joaquim Xavier Curado que fuera al Río de la Plata a negociar el asunto, a fin de interesar a los hispanoamericanos en la causa de los familiares de Fernando VII, preso en Francia. D. Carlota Joaquina se apresuró a encomendarle una carta dirigida a D. Santiago Liniers Bremont, gobernador de Buenos Aires, a la que adjuntaba dos manifiestos, uno de ella, princesa fechada el 19 de agosto, el otro del infante D. Pedro Carlos, con fecha de 20 del mismo mes, manifiestos que tuvieron la concurrencia del regente.

Sin embargo, no debemos olvidar que entre D. João y su mujer persistía la misma desarmonía conyugal que había dado lugar a varios escándalos y muchas murmuraciones en la Metrópolis. Cada uno vivía en su palacio, manteniendo con ella a Carlota Joaquina D. Miguel, su hijo predilecto. De esta forma, los cónyuges solo se reunían en ceremonias oficiales.



A la princesa le gustaba vivir de forma independiente, ya que tenía un temperamento inquieto y sensual. También fue dada a muchas fantasías, siendo una de las más obsesionadas la de ser coronada reina, o, al menos, nombrada regente de aquellas colonias, en nombre de su hermano Fernando VII. Con su sagacidad y dinamismo, servido por buenos colaboradores, le pareció viable construir su propio trono. Y fue en el vicealmirante Sidney Smith donde descubrió a su colaborador más valioso. Gracias a una intensa propaganda logró captar a su favor la buena disposición de los argentinos.

Entonces, juzgándose lo suficientemente segura para jugar su juego fuera de la autoridad de su marido, se atrevió a dirigirse directamente al gobierno inglés, exponiendo sus pretensiones. Dio un paso en falso, que D. João, a pesar de su excesiva paciencia, no pudo tolerar más.

El procedimiento de D. Carlota Joaquina, al contrario de lo que ella fantaseaba, causó mala impresión en Londres. Por eso, Lord Strangford, embajador de Gran Bretaña en Río de

Janeiro, denunció las pretensiones de la princesa. A su vez, el regente envió una carta a D. Domingos António de Sousa Coutinho, embajador de Portugal en Londres, de la que destacamos algunos pasajes:

«Habiendo estado en la augusta presencia de Su Alteza Real, Nuestro Señor Príncipe Regente, por una persona de total confianza, que Su Alteza Real Nuestra Señora Princesa había escrito recientemente al Sr. Canning una carta, enviada directamente por un español que se fue de aquí, que se supone que es relativa a los asuntos de España, y quizás a sus eventuales derechos sobre la monarquía española, que hay muchas razones para creer que Sir Sidney le sugirió. Smith, cuya movilidad y fertilidad en la intriga excede todo entendimiento, y teniendo vuestra alteza real las más justas razones para no perturbar una a una justa delicadeza a vuestra augusta esposa, que es incapaz de conducir, es vuestra alteza real servida por la vuestra. Con toda sagacidad acordar muy secretamente con el Sr. Canning, que Su Alteza Real no responde, ni garantiza nada más que lo que ordena informar su ministro en ese tribunal. (...) VS llevará a cabo esta difícil comisión con el mayor secreto, que ha venido realizando allí esta irregular correspondencia, que seguramente habrá dado a ese ministerio ideas bien distintas de las que pretenden sugerir los factores que están detrás de todas estas intrigas, que Su Alteza espera cesará en gran medida, después de todo lo que Su Alteza Real ha escrito sobre la conducta de Sir Sidney Smith a Su Majestad británica».

Añadamos que, en su contramaniobra para desbaratar los planes de D. Carlota Joaquina, el Embajador Lord Strangford no había dudado en revelar al Príncipe Regente la íntima relación entre Sir Sidney Smith y la Princesa de Brasil, por lo que aconsejó a D. João para solicitar a la oficina de Londres el traslado de Smith, lo que se produjo.

Sin embargo, todo se precipita cuando un emisario argentino llega a Río de Janeiro y le pide a D.^a Carlota que vaya cuanto antes al Río de la Plata, porque los revolucionarios habían decidido proclamarla reina, encontrando un trono esperándola

Esta noticia causó gran inquietud en la corte portuguesa, dejando a la princesa bastante disgustada. ¡El hecho de que la quisieran para reina por fin alcanzó el deslumbramiento que siempre había soñado! Sin embargo, no podía irse sin el permiso de su marido, y éste no se lo concedería.

Esta negativa provocó una feroz lucha entre los cortesanos. Se libró una verdadera batalla palaciega, en la que las armas fueron la diatriba, la calumnia y la intriga. Algunos entendieron que la oportunidad era magnífica para extender la influencia portuguesa a esos territorios largamente codiciados; otros consideraron la aventura arriesgada y con un

desenlace incierto; otros más previeron el peligro que representaría para Brasil aquella mujer traviesa al frente de un Estado poderoso y en condiciones de hacer la guerra a su odiado esposo, a quien aspiraba a usurpar el trono. Resistiendo todas las sugerencias, el Regente permaneció inquebrantable en su decisión, negando a la mujer permiso para irse. Todos los medios que usó para convencerlo fueron en vano. El soberano, por regla general vacilante, quedó sorprendido por su firme actitud de intransigencia. D. João, advertido por Lord Strangford de las malas intenciones de D. Carlota Joaquina, se aferró a su negativa, convencido de que así salvaría su trono y quizás su cabeza.

Desesperada y furiosa, D. Carlota no pudo ir al Río de la Plata a coronarse reina, como le prometieron solemnemente los revolucionarios argentinos. Sin embargo, en tiempos de gran agitación política, los vientos cambian con gran rapidez. El Río de la Plata estaba en plena efervescencia revolucionaria. El pueblo argentino quería su independencia. La proclamación de Carlota Joaquina como reina sería un medio para separar ese territorio de la madre patria, implantando una nueva monarquía. Y aunque la princesa no se presentó a ocupar el trono que se le ofrecía, las colonias españolas no cesaron en separarse radicalmente de España. Harían de Buenos Aires una república independiente. Pero esta solución distó mucho de agradar a la princesa D. Carlota Joaquina. A lo que aspiraba era a una monarquía, siendo ella la soberana. Por lo tanto, su furia y lucha comenzaron a apuntar a los rebeldes separatistas, quienes solo le parecían útiles en su servicio personal.



Buenos Aires 1816

Ahora, toda ella estaba empeñada en persuadir a su marido para que interviniera energicamente en los asuntos del territorio vecino, incitándolo a oponerse a la proclamación de la independencia, alegando el peligro político para Brasil y el contagio de ideas liberales que no dejarían de socavar el país. trono portugués. Y había alguna razón para esta observación, porque, aun sin el contagio de Buenos Aires, la Inconfidência Mineira, y sus mártires, aún no eran olvidados, y ya se percibía que la Revolución Francesa, esparciendo sus semillas liberales por el mundo, hecho germinar algunos de ellos en la América portuguesa.

En estas circunstancias, el alegato de la princesa parece haber calado hondo en el ánimo timorato del regente, decidiendo que consienta en que ella proteja de forma encubierta al general Francisco Xavier Élio, enviándole dinero, alimentos y municiones, adquiridos a expensas de la venta de bienes personales. Sin embargo, este sacrificio no pudo frenar el avance de las nuevas ideas, como demostraría más tarde la proclamación de la ansiada independencia.

En ese momento, sin embargo, la situación aún no estaba definida. El gobierno portugués simuló una neutralidad que no sentía. Se abstuvo de intervenir violentamente en la disputa, en contra de los deseos de la princesa. Pero un incidente imprevisto, como una chispa en un pajar, precipitó los acontecimientos. Como la frontera de Río Grande había sido violada y los infractores cometieron ciertos actos de violencia, el gobierno portugués se vio obligado a reprimirlos, por lo que emitió una orden al gobernador de ese territorio, el general D. Diogo de Sousa, para ingresar al territorio. de Montevideo, con sus tropas disponibles, lo que precipitó la toma del fuerte de Santa Teresa, donde estableció su cuartel general. Este hecho, si bien por un lado agradó a portugueses y brasileños, disgustó profundamente a Inglaterra, que ya contaba con una victoria separatista, muy ventajosa para sus intereses mercantiles.

Entonces entró en escena Lord Stangford, el astuto embajador británico en Río de Janeiro, quien logró, con su hábil intriga, convencer al marqués de Casa Irujo, ministro de España en la corte portuguesa, de que la intervención del regente obedecía sólo a la intención oculta. de cumplir las viejas aspiraciones de la Casa de Bragança de unir los territorios españoles de la margen oriental del Río de la Plata a Brasil.

Eso bastó para que el ministro español, cayendo ingenuamente en la trampa, rechazara la ayuda que D. Diogo de Sousa prestaba a los tradicionalistas hispanoamericanos, dejando así de prestar un buen servicio a la dinastía borbónica.

Ante sus denuncias, la oficina de río de janeiro acordó ordenar a las tropas del gobernador de ese estado regresar a Rio Grande do Sul, dejando solo al general Élio en territorio brasileño para establecer una especie de cordón sanitario que impidiera el contagio de las peligrosas ideas separatistas.

Lo cierto, sin embargo, es que D. Diogo no obedeció inmediatamente la orden de retirarse, a pesar de que las tropas del general Rondeau que sitiaban Montevideo ya habían levantado el cerco. Declaró que no se retiraría hasta que se disolvieran las fuerzas irregulares del caudillo José Artigas; y, reforzando sus declaraciones, partió para Paysandú, logrando poner en fuga al propio Artigas, después de destruir a todos los guerrilleros que encontró en el Paso Del Corte, las puertas de Damián y en Romualdo de la Veja, así como algunas tribus salvajes, y haber incendiado los pueblos de Japeju y São Tomé.

El 26 de enero de 1812 moría D. Rodrigo de Sousa Coutinho, Conde de Linhares, impulsor de las maniobras destinadas a absorber las colonias españolas. Las ideas emancipatorias pudieron entonces avanzar más, porque el conde de Galveias, que le sustituyó, se interesó aún más por la política del gobierno inglés, que miraba sobre todo a sus conveniencias.

De esta manera, Galveias no tardó en enviar en secreto al coronel Rademaker, aficionado a la política británica, al Río de la Plata, con la misión de acordar un armisticio con la junta separatista de Buenos Aires, tratado que se concluyó el 26 de mayo. de ese año D. Diogo de Sousa recibió nuevamente orden de regresar a Brasil, orden que cumplió esta vez, aunque contra su voluntad. Así, D. Carlota Joaquina, hermana de Fernando VII, vio en ruinas los castillos de ensueño que había construido a la sombra de su trono imaginario. Y el regente, resignado y algo disgustado, dejó a un lado su plan de ver aumentados los bienes de la Casa de Bragança en aquellos lugares.

Recordemos que durante estos años la suerte de Portugal y, a la vez, la de España y la de D. Carlota Joaquina estaban siendo jugadas por el ímpetu con que Napoleón se había lanzado a la arriesgada empresa, que le resultaría fatal, de apoderándose de toda la Península Ibérica. La agitación política en las colonias españolas del Río de la Plata no fue más que una repercusión del profundo golpe sufrido por el trono borbónico. Ante el cautiverio impuesto al rey Carlos IV y su hijo Fernando VII, y la sublevación de la población española contra el yugo francés, se crearon varios consejos revolucionarios, con el pretexto de expulsar a las tropas francesas. Sin embargo, los intereses claros y encubiertos socavaron la unidad de las provincias e incluso de la junta central, hasta que, el 21 de agosto de 1809, uno de los colegiados, D. Francisco Palafox, hablando sobre los males de España, sugirió que era urgente que nombraran una regencia para hacerse cargo de los asuntos públicos. Y concluyó proponiendo al cardenal Borbón como regente de la nación, lo que no fue consensuado. Posteriormente, además del citado cardenal Borbón, se sugeriría para la regencia al príncipe de Nápoles y la princesa de Brasil, D. Carlota Joaquina. Se vio repentinamente inmersa en una situación de prestigio imprevista, que pronto la llevó a fantasear con la certeza de convertirse en regente de toda España, incluidas las colonias americanas, situación que fue apoyada en su momento por el Príncipe Regente D. João, a través de su ministro plenipotenciario del gobierno central español, D. Pedro de Sousa Holstein, que en ese momento era sólo mayorado de Calhariz y que más tarde sería primero conde, luego marqués y duque de Palmela.

Sin embargo, en contra del proyecto estaba el marqués de Wellesley, hermano del futuro duque de Wellington, a quien Portugal ya debía su victoria sobre Junot. Temía, sobre todo, la unidad peninsular. La oposición británica echó por tierra los sueños de Carlota Joaquina, sueños, en realidad, de dudosa realización en el momento incierto y agitado que vivía España ante las graves divisiones entre los miembros de la junta central, que acabaría siendo sustituida el 23 de octubre de 1809, por un comité ejecutivo integrado por siete

miembros. Incluso se convocaron Cortes para el 1 de enero de 1810 y su reunión para el 1 de marzo. Sin embargo, este movimiento político no fue más que buenos deseos patrióticos, pues antes de que las Cortes tuvieran tiempo de reunirse, Sevilla presenció la entrada, por sus puertas, del ejército francés comandado por el general Soult.

En Brasil, D. Carlota sería finalmente aclamada reina tras la muerte de D. María I en 1816. El año anterior, en 1815, tras la derrota de Napoleón en Waterloo seguida del destierro a Santa Elena, se había reunido el Congreso de Viena. Allí, el enviado portugués, el marqués de Palmela, intenta defender los intereses nacionales (a saber, la entrega de Olivença), sin embargo, la resolución del problema está referida a las relaciones luso-españolas. En Viena, Talleyrand, ministro de todos los regímenes franceses, aconseja a Palmela que sugiera a D. João VI la emancipación de Brasil, federándolo con Portugal, evitando así una revuelta que se esperaba inminente y que podría perturbar los intereses económicos europeos.

D. João aceptará con gusto esta idea. Sin embargo, se había convertido en rey de Brasil más que de Portugal, arrastrándolo con la situación internacional resultante de las invasiones francesas y la ayuda siempre interesada de los ingleses.

Ya era hora, ya que las sociedades secretas, a saber, las logias masónicas, alimentan el espíritu de rebelión contra una administración corrupta que derrocha los ingresos públicos. Los movimientos independentistas que, mientras tanto, estallan en América Latina, concretamente en Uruguay, incitan a los más ilustrados a adoptar el mismo objetivo; en 1817 estalló un levantamiento republicano en Pernambuco. Fueron estas logias las que también prepararon el terreno para el pronunciamiento de 1820, porque un pronunciamiento no es una insurrección, como defendía Piteira Santos. En efecto, aprovechando el viaje de Beresford a Brasil, para hablar con D. João VI, los regimientos de la guarnición de Porto se sublevaron, el 24 de agosto de 1820, e instituyeron una Junta Provisional del Supremo Gobierno del Reino, encargada de gobernar en el nombre del rey y convocar cortes constituyentes. Las tropas de la Metròpoli no se sublevaron, abandonaron los cuarteles y aclamaron al rey D. João VI. Y la decisión que movió a las tropas provino del Sanedrín, fundado en enero de 1818 por Manuel Fernandes Tomás.

El gobierno interino revolucionario de Lisboa inicia su acción. El 17 de septiembre de 1820 emitió su primera proclama. Como los de Oporto, anunciaba intenciones muy moderadas; elogió la lealtad de los portugueses a la religión y a la “augusta casa de Bragança”, llamó a D. João VI “el más amable de los soberanos” y “nuestro amado monarca” y defendió la necesidad de mantener la Revolución ordenada y en términos moderados.

Tan pronto como la noticia de la revolución de 1820 llegó a Brasil, despertó un gran entusiasmo allí, especialmente en Río de Janeiro, donde las tropas salieron a las calles en señal de unirse al movimiento. Ante la presión de las fuerzas militares, D. João VI se vio obligado a reconocer la Constitución que promulgarían las Cortes. Todavía se toman varios decretos contra la autonomía brasileña, como, por ejemplo, la extinción de los tribunales de Río de Janeiro. Es, por tanto, en la Asamblea Constituyente que se define el carácter contradictorio del ideal de libertad revolucionaria: la Revolución de 1820, en relación con Brasil, fue recolonizadora, a pesar de las propuestas transmitidas por Fernandes Tomás. En Portugal se reclamaba la llegada del rey, y éste, inquieto por los acontecimientos de Brasil y temeroso de mayores complicaciones, decidió volver a Portugal, dejando al Príncipe Real D. Pedro, como Regente de Brasil.



Durante los 13 años que la Corte permaneció en Brasil (1808-1821), D. João VI concedió a la colonia varios privilegios importantes, elevándola finalmente a la categoría de reino unido con capital en Río. Este es un hecho muy importante, ya que Brasil tiene ahora una dimensión política en su apogeo, preparatoria para su futura independencia.



Por lo tanto, los brasileños tienen motivos de sobra para honrar la memoria del Rey D. João VI, quien fue el garante de su unidad, ya que antes de que la Corte permaneciera en Brasil, aún no había adquirido cohesión territorial y regiones como Pernambuco, Bahía o Minas. Gerais, se ocupaba de sus asuntos directamente con Lisboa. D. João también amaba Brasil, e incluso estamos convencidos de que, si hubiera podido, no habría vuelto a Portugal.

Brasil fue el gran beneficiado de una situación histórica que comprendió D. João, porque sabía bien que era necesario defender el comercio con aquella colonia, así como preservar el propio territorio de la ambición inglesa. Sin embargo, este hecho sería fatal para la burguesía portuguesa vinculada a ese comercio y provocaría la pérdida de importantes sumas de impuestos aplicados. El regreso de la familia real no iba a aliviar los ánimos. Prueba de ello fue la guerra civil que siguió a la muerte del rey João VI en 1826 y la inestabilidad que duró hasta el inicio de la Regeneración. En relación a D. Carlota, dada su constante actitud de rebeldía contra el régimen liberal, estaría recluida en la Quinta do Ramalhão, en la sierra de Sintra, seguiría conspirando por el retorno del absolutismo y, con la muerte de su marido, influiría mucho en la decisión de su hijo, D. Miguel, por la toma del poder, que provocó la violenta guerra civil ganada por D. Pedro I de Brasil (D. Pedro IV de Portugal). Esta paz ya no vería llegar a D. Carlota Joaquina, pues la muerte la encontraría en el palacio de Queluz, el 7 de enero de 1830.



En importantes encuentros científicos realizados en Lisboa, Salvador da Baía, Río de Janeiro sobre el traslado de la Familia Real a Brasil, así como en Quito, tierra donde surgió la “luz de América”, la rehabilitación de la memoria y la imagen de D. João VI, así como los últimos estudios sobre D. Carlota Joaquina de Bourbon, en parte realizados por autores brasileños, prueban que una de las grandes funciones de la Historia es servir para dar voz a los que ya no la tienen y tantas veces claman por justicia!